

Ciencia y mito en la aproximación al deseo

Por:

Carlos Dominguez,

En *Los registros del deseo*, c.1.

Del afecto, el amor y otras pasiones. Desclée, 2001, 15-30.

Pocas realidades más complejas, enigmáticas y difíciles de delimitar que la del deseo, si queremos entenderlo más allá de lo que nombramos como sexualidad. Muestra de ello es la dificultad misma que se encuentra a la hora de titular una obra como la presente. Porque hacer aparecer en ese título de portada el término sexualidad, fácilmente hubiera conducido a equivocar al lector sobre el contenido y el sentido de las reflexiones que se intenta llevar a cabo. Y sin embargo, el tema de la Sexualidad se encuentra implicado de modo directo en lo más central de estas páginas. Pero, evidentemente, no es de "sexo" de lo que vamos hablar. Sobre todo, si por sexo se entiende una conducta que procura placer mediante la participación del cuerpo y que, biológicamente, parece encaminada hacia la supervivencia de la especie. Si así fuera, no tendrían aquí cabida algunos capítulos, como el de la amistad, en el que habrá que insistir, justamente, sobre la ausencia de componentes eróticos o sexuales como característica que especifica este modo de relación humana. Tampoco tendría sentido hablar, como lo haremos, de narcisismo y autoestima.

Por otra parte, como iremos viendo a lo largo de estas páginas, tampoco nos vamos a centrar en una realidad de carácter "puramente" psíquico, si se entiende como tal una realidad al margen de nuestra corporalidad y de sus aspiraciones más primitivas. Incluso, en esos capítulos, como el de la amistad, en los que tendremos que insistir en la ausencia del componente explícitamente erótico, advertiremos que el deseo pulsional se encuentra allí presente como dinamismo impulsor básico. Nuestra realidad corporal y sus aspiraciones básicas instintuales no quedan nunca excluidas en cualquier forma de relación que emprendamos con las personas, con las ideas o con las cosas. Al menos, así hay que considerarlo desde una óptica psicoanalítica, que será la que, fundamentalmente, presida este conjunto de reflexiones.

De ahí que, finalmente, se haya optado por ese término de "deseo", sobre el que nos detendremos en el capítulo siguiente para delimitar su alcance y significación precisa. De subtítulo, nos referimos a una serie de aspectos particulares de la vida del deseo, sus diferentes registros: *el amor, el afecto y otras pasiones...que a lo largo del libro se concretarán en las particularidades más fundamentales de esa vida del deseo: el encuentro entre los sexos, la homosexualidad, la amistad, el narcisismo, etc...*

Pero, dado que todos esos registros remiten una y otra vez al concepto de sexualidad, será conveniente abrir el conjunto de estas reflexiones con un capítulo sobre las dificultades que encontramos para delimitar, para nombrar, para comprender esa realidad compleja que nos implica a todos de un modo tan radical y, generalmente, tan difícil también. Esas dificultades para acceder a lo más hondo y significativo de la sexualidad nos servirán para repensar sobre qué realidad estamos hablando y funcionará como una invitación para adoptar ese término más amplio de "deseo", que centrará lo más importante de nuestra

reflexión. Vayamos, pues, con un tema especialmente debatido en el ámbito de la psicología, particularmente desde desde que el psicoanálisis comenzó a cuestionar el concepto tradicional de sexualidad. El debatirse de Freud en la clarificación de esta realidad compleja, amplia y difícilmente identificable, nos servirá de introducción para las reflexiones posteriores.

LA MITOLOGÍA FREUDIANA DE LAS PULSIONES

La sexualidad se ha presentado a lo largo de los tiempos como una de las dimensiones humanas más decisivas y determinantes de la existencia y también como de las más enigmáticas. Los diversos mitos, tabúes, normas y ritos intentaron siempre canalizar su fuerza y a la vez descifrar su misterio. En nuestra sociedad contemporánea, los avances científico-técnicos parecieron ofrecer la posibilidad de una explicación que, por fin, desvelara su secreto y nos permitiera su manejo y control racional. Pero, justamente, esa mayor profundización en su esencia parece habernos hecho comprender que, irreductible a la razón técnica, la sexualidad siguiera necesitando de la expresión mítica y simbólica como medios para manifestarse (quizás nunca explicarse) ante nosotros. De modo particularmente importante, el proyecto freudiano ilustra bien la dificultad que implica ese conocimiento y el necesario y paradigmático ir y venir entre lo mítico y lo científico. Es sabido que el trabajo de Freud se inscribe en el movimiento positivista, materialista y mecanicista del siglo XIX. Su primer proyecto coincide con la aspiración ambiental de la época de reducir la Psicología a Neurología/ acomodándose siempre al modelo de las ciencias físicas. Desde sus inicios, en efecto, Freud se esforzó en presentar al psicoanálisis como una rama de ese saber científico. En su tratamiento de los temas del sueño, de la neurosis o de la psicoterapia estableció nítidamente su propósito cientifista, marcando así las distancias respecto a cualquier otro tipo de acercamiento a lo psíquico. Por ello mantuvo siempre la negativa más rotunda frente a cualquier intento de encuadrar el psicoanálisis como una cosmovisión (*Weltanschauung*) [1]. *El psicoanálisis -afir-ma-es incapaz de crear una cosmovisión que le sea peculiar. No lo necesita; es un trozo de ciencia y puede agregarse a la concepción científica del Universo* [2]. Su único propósito es *aprehender exactamente un trozo de la realidad* [3] aspirando a ser *tan imparcial como el cálculo infinitesimal* [4]. Desde ahí se entiende su permanente lucha por reducir al mínimo las dimensiones ilusorias, míticas o religiosas que configuraban su cultura. *Nuestra mejor esperanza -nos dice- es que el intelecto -el espíritu científico, la razón- logre algún día la dictadura sobre la vida psíquica del hombre* [5].

Pero, como tan acertadamente lo ha expresado G. A. Miller, Freud se convirtió, muy a su pesar, en un "rebelde leal" frente a toda esta tradición en la que siempre creyó y pretendió encuadrarse. Y vino a ser justamente a en su teorización sobre la sexualidad donde su aspiración a mantenerse dentro de los estrictos límites de la "dictadura científica" se vio más seriamente comprometida. Existe un texto sumamente revelador a este respecto.

En Más allá del principio del placer, en efecto, confiesa lo siguiente: Es tan poco lo que la ciencia nos dice sobre la génesis de la sexualidad, que puede compararse este problema con unas profmrdísimas tinieblas, en las que no ha penetrado aún el rayo de luz de una hipótesis. Se hace, pues, necesario un resuelto cambio de punto de vista, ya que la ciencia

calla sobre un tema fundamental sobre el que parece necesario seguir hablando. Si la provisión científica se agota, habrá que arbitrar otras hipótesis desde un dominio diferente, por más que ello suponga la renuncia a un ideal y también la adopción de un arriesgado camino. En otro sector -nos dice- totalmente distinto, hallamos una de tales hipótesis; pero tan fantástica -más bien un mito que una explicación científica-, que no me atrevería a reproducirla aquí si no llenase precisamente una condición, a cuyo cumplimiento aspiramos. Esta *hipótesis deriva tina pulsión «de la necesidad de reconstruir un estado anterior* [6]. El mito de la división del ser humano en dos mitades, extraído de *El banquete* de Platón, se presenta así en este momento como única posibilidad para la comprensión del enigma [7].

Este texto, sin embargo, aunque sumamente revelador, no es el único en el que se pone de manifiesto esa necesaria conexión entre sexualidad y mitología. En el conjunto de la *Metapsicología*, fue significativamente el tema de las pulsiones (sexuales o destructivas, en su última teorización) el que se presentó más íntimamente vinculado con lo mítico. En este sentido se manifestó en más de una ocasión: *La teoría de las pulsiones es, por decirlo así, nuestra mitología. Las pulsiones son seres míticos, magnos en su indeterminación. No podemos prescindir de ellos ni un solo momento en nuestra labor, y con ello ni un solo instante estamos seguros de verlos claramente* [8]. Esta vecindad que Freud se vio obligado a reconocer entre sexo y mito es la que le llevo también a considerar que una comprensión acabada de la sexualidad exigirá siempre *para no extraviarse en su recinto*, conocimientos anatómicos y fisiológicos; pero además, resultará también *indispensable una cierta familiaridad con la Historia de la Civilización y la Mitología* [9].

LA MUTILACIÓN "CIENTÍFICA" DE LA SEXUALIDAD

La teoría y práctica de la investigación "científica" de la sexualidad suele abordar el problema desde un paradigma biologista o puramente "conduc-tual" (donde por conducta sólo se acepta la observable y medible), con una total negligencia respecto a otros aspectos psíquicos ("necesidad", "deseo", "afecto" o "fantasías" son términos repudiados -se dice- debido a su escasa fiabilidad). La filosofía que subyace a esa concepción biologicista o "conduc-tual" de la sexualidad es la de un paradigma dualista, que escinde el factor tec-no-científico y el factor humano y que concibe separadamente el cuerpo y el alma, lo somático y lo psíquico. En su raíz encontramos el dualismo antropológico cartesiano.

Fue, en efecto. Descartes (cuyo pensamiento hay que considerar de vital importancia en la configuración de toda la psicología contemporánea) quien trazó la imagen dualista del hombre, compuesto de dos sustancias totalmente diferentes, cuerpo material y alma espiritual. Cada sustancia existe sin necesitar de ninguna otra para existir. El cuerpo es una máquina regida por leyes naturales, y es explicable en términos físicos y matemáticos; todo su funcionamiento obedece sólo a principios y leyes de la mecánica. Los animales son "autómatas" y el hombre -a excepción de su espíritu racional que se interrelaciona en el cuerpo a través de la glándula pineal- tiene su propia raigambre fisiológica en los principios de la física. A partir de ahí, surge una comprensión de lo sexual como algo esencialmente biológico al servicio de la reproducción o, a lo más, como un mecanismo

comprensible según determinadas leyes mecánicas del aprendizaje. Todo lo que no encaje en este modelo físico-químico será tema para poetas, místicos o filósofos. Sólo la "*res-extensa*" puede interesar a la investigación científica del sexo [10].

Pero la revolución freudiana consistió justamente en traspasar el límite de la "*res extensa*" y en no admitir esa frontera establecida en el ámbito de la sexualidad. Por ello se vio obligado a ampliar su comprensión desde lo genital y corporal a lo anímico y a lo afectivo, tanto consciente como inconsciente; considerando, además, que todo ello era digno de investigación científica, por más que ofreciera problemas metodológicos de consideración. Comenzó Freud, por ello, hablando de "libido", como expresión psíquica, energética, del instinto sexual. Consciente de que con este término, como con el de sexualidad, traicionaba también algo importante de lo que percibía en la dinámica afectiva humana, comenzó de referirse a todo este mundo con el término de "psicosexualidad", en el que se incluía toda una realidad amplia y compleja que incluía todas las categorías comprendidas bajo el término *Liebe* (amor). Con este término, ciertamente, se hubiera evitado la tópica acusación de pansexualismo que desde entonces recayó sobre toda la teoría freudiana. Sin embargo, el cambio contó con la oposición de ciertos críticos. Freud lo descartó pero permaneció insatisfecho con el empleo de un término como el de sexualidad, tan determinado en la mente de todos por lo biológico y corporal. Habló entonces de "Pulsiones de Vida" como conjunto de fuerzas, plurales, pero que poseen en común la aspiración a mantener un vínculo, una unión, un contacto con diferentes objetos de amor que van haciendo aparición a lo largo de la vida de los seres humanos. Eros, fue desde entonces, una apelación habitual en los círculos psicoanalíticos para referirse a este conjunto de pulsiones vitales que opera como motor de vida, de encuentro y de unión entre lo viviente. Frente a él, Thanatos, representaría una fuerza contraria que aspira a la separación, a la desvinculación y al abandono, si pudiera ser definitivo, en la búsqueda misma de la desaparición total y de la muerte [11].

En los medios científicos, pareció que ese modo de tratar la sexualidad era "extramédico"; y así lo era en efecto desde el momento en el que se volcaba en funciones muy alejadas de las meramente corporales, biológicas y reproductoras. Pero para Freud, aunque su misma evolución al respecto nos obligue hoy a matizar la cuestión, tan sexualidad era la actividad biológica de la reproducción, como la conducta perversa del sádico o del fetichista, o (con otro sentido y valoración clínica, naturalmente), el Eros platónico o, incluso, el amor cantado por Pablo en la carta a los Corintios [12]. La nítida separación cartesiana entre "materia" y "espíritu", o entre sus respectivos atributos de "extensión" y "pensamiento", quedó de este modo abolida en un concepto amplio y común, sin ninguna posibilidad para trazar ya una línea divisoria que nos la hiciera ver como dos entidades originariamente diversas.

Se comprende entonces que la ciencia oficial resultara insuficiente para la comprensión de esta nueva manera de entender la sexualidad y que se hiciera necesario el acercamiento al mito, a la historia, a la literatura y al arte en general, como lugares donde la sexualidad podría estar revelando dimensiones esenciales de su dinámica singular. Ello, por otra parte, coincide con un movimiento que, desde la antropología, se ha ido imponiendo progresivamente en la recuperación del pensamiento mítico y simbólico como dimensiones esenciales del conocer.

LA NECESARIA COMPLEMENTARIDAD DEL MITO

El mito, efectivamente, se presenta como una estructura necesaria de conocimiento y como organización permanente del pensar humano. Como M. Eliade puso de manifiesto [13], constituye algo inherente a la cultura, al pensamiento simbólico, y, por tanto, a la persona. De modo que, si bien podrían eliminarse determinados mitos según los diversos acontecimientos de la historia, no podría destruirse el pensamiento mítico mientras una sociedad humana exista.

Lévi-Strauss, cuestionando el etnocentrismo del hombre occidental, nos ha dejado bien patente que el pensamiento mítico y simbólico no puede ser considerado como una entidad de valor inferior a la del pensamiento racional y científico. El "pensamiento salvaje" del mito o la magia y el "pensamiento domesticado" de la ciencia y la técnica han de ser considerados como dos modos de conocimiento, desiguales en cuanto a sus resultados teóricos y prácticos, pero no por la clase de operaciones que ambos suponen. Ambos difieren menos en su naturaleza que en función de las clases de fenómenos a las que se aplican [14]. Suponen dos modos de conocimiento y de acción que utilizan prevalentemente el símbolo o el signo y que proporcionan así un tipo diverso de validación, existencial la primera, científica, la segunda [15]. Mito y razón no sólo poseen un origen común, sino que, diversificados, se oponen y se complementan a un tiempo.

La psicología, deudora de una reacción antimetafísica que se vio obligada a mantener para lograr un estatuto científico, repudió con fuerza todo tipo de pensamiento simbólico, reduciendo así de modo considerable su campo de acción. Hoy día parece mostrar signos de curación de esa enfermedad reduccionista inicial, poniendo en cuestión la filosofía de la ciencia que la respaldó y planteándose la conveniencia de abrirse también al campo de lo simbólico como espacio fundamental donde indagar problemas básicos de la conducta.

Si la ciencia nos proporciona un conocimiento explicativo del mundo exterior, objetivo; el pensamiento mítico y simbólico tiende, por su misma dinámica interna, a la participación subjetiva en la intimidad del mundo. Cuestión esta fundamental, como veremos, en lo que concierne al conocimiento de la sexualidad. Como enseña M. Eliade, la función del mito es esencialmente la integración del sujeto en el cosmos, guiando su acción y educando su sentimiento. Mientras que la ciencia explica, con su estrategia positiva, estableciendo lo que puede y no puede ser empíricamente, el pensamiento mítico tiene carácter valorativo, delibera y selecciona fines posibles, calibra lo que debe y no debe ser: es decir lo que tiene sentido. Como afirma Lévi-Strauss, el pensamiento mítico está *operando cada vez que el espíritu se interroga sobre lo que es la significación* [16].

No se trata, pues, de que un tipo de pensamiento sea verdadero o falso, sino que se trata de dos pensamientos diferentes con dos tipos de validación diferente también. Como afirma Pedro Gómez, el pensamiento racional tiene necesidad de su "doble", a fin de que no destruya irreparablemente, a golpes de la imprescindible objetividad controlada empírica y lógicamente, la subjetividad, la afectividad, la existencia concreta, lo individual y lo comunitario, sin lo que no sería posible vivir [17]. En el ámbito de la sexualidad ello resulta particularmente decisivo.

EL OBSERVADOR IMPLICADO

En realidad, las bases para hacer imposible el abordaje exclusivamente científico de la sexualidad las había sentado Freud previamente a la constatación de su oscuro origen, tal como nos expresó en el texto citado de *Más allá del principio del placer*. Si la cuestión del sexo se hace irrealizable como acabado objeto científico es, fundamentalmente, en razón de la inevitable implicación del observador en el campo que estudia. Ningún otro objeto le compromete como el ámbito de la sexualidad. Y, a decir verdad, en ninguna otra dimensión de lo humano, lo que podemos observar, pensar y decir está tan condicionado por lo que a nivel consciente y, sobre todo inconsciente, hemos podido vivenciar. Fue justamente esta percepción de la inevitable implicación subjetiva del "observador", lo que dio pie al modo revolucionario, psicoanalítico, de enfrentar el problema. El caso de Arma O., que se inscribe en los orígenes mismos del psicoanálisis, muestra bien a las claras esta "escandalosa" constatación.

Esta chica, tratada siguiendo el método "catártico" por el entonces amigo y protector de Freud, el Dr. J. Breuer, era visitada por su médico primero una vez al día y más tarde dos. La chica progresaba sorprendentemente "reviviendo" y "purgando" los acontecimientos traumáticos de su pasado. Pero transcurridos dos años, fue la esposa del Dr. Breuer la que puso el dedo en la llaga al manifestar su malestar por lo que, con razón, le parecía un excesivo interés de su esposo en el tratamiento. Sospechaba de que tal interés poseyera exclusivamente un sentido médico y científico. Todo ello condujo a la ruptura del tratamiento por parte del bienintencionado Dr. Breuer, lo que, rápidamente, provocó en Arma O. un repentino ataque histérico con simulación casi perfecta de un parto, de cuya responsabilidad atribuía, naturalmente, a su médico. Breuer se limitó entonces a calmar a la paciente y acto seguido abandonó definitivamente el caso para emprender con su mujer un viaje a Venecia como "segunda luna de miel" [18].

El hecho, que hoy denominamos transferencia [19], pone de manifiesto esa inevitable participación del sujeto sexuado que observa, cuestionando la pretensión de plena objetividad que la mitología científica parece empeñada en mantener. Desde una perspectiva psicoanalítica, sin embargo, habría que señalar, como atinadamente ha puesto de manifiesto Clavreul, que la perversión (en su sentido psicopatológico) consiste justamente en negar esa implicación subjetiva en la sexualidad, creyendo poder convertirla en objeto externo, analizable y controlable [20].

El tratamiento psicoanalítico de la sexualidad sembró la perplejidad y el escándalo, pero vino a poner de manifiesto las fallas de toda teoría del conocimiento que pretenda conceder a la razón científico-técnica la exclusividad en la comprensión de lo humano. En definitiva, como ya hemos señalado, ese pensamiento es deudor del dualismo falsificador cartesiano, que si bien se hizo paso obligado para posibilitar la ciencia moderna, nos obligó también a pagar un alto precio. La psicología "científica" contemporánea sabe, sin duda, mucho de ello.

LA IRREDUCTIBLE SEXUALIDAD: EL DESEO PULSIONAL

La sexualidad no es una simple tensión orgánica. Ni siquiera debe ser considerada como el motor de la conducta humana. Es más. Entendida en su sentido más amplio, el que entenderemos con el concepto de "deseo pulsional", es el terreno mismo donde se juegan todos los conflictos de la existencia y donde emblemáticamente se señala la *falta de ser* y el *apetito de ser* que constituye la esencia de lo humano. La definición del hombre como un ser que trabaja - decía Octavio Paz- debe cambiarse por la del hombre como un ser que desea [21].

En efecto, ya no podemos entender la sexualidad como un instinto biológico al servicio de la reproducción de la especie, sino como una fuerza (*pulsión*) que, partiendo del organismo aspira, en última instancia, a la satisfacción de un deseo imposible: ser reconocido en un encuentro fusional, totalizante y placentero. Más allá de lo biológico, se ve, pues, esencialmente determinada por lo biográfico, histórico y cultural. Por eso preferiremos el término "deseo pulsional" (que en el capítulo siguiente intentaremos justificar) al más tradicional y equivoco de sexualidad [22].

La búsqueda de lo imposible puede articularse con los más diversos modalidades de institución según las diversas organizaciones culturales. El encuentro entre los sexos ha podido de hecho pensarse y realizarse en las más diversas formas institucionales. La antropología cultural nos da pruebas suficientes de ello [23]. Como si ninguna institución pudiera, frente al impulso de la búsqueda imposible que las atraviesa, conquistar para sí el carácter de única y universal. Y sería difícil encontrar un modo de comportamiento sexual (piénsese en la homosexualidad, v.gr.) que no haya podido ser a la vez denostado o sacralizado por unas u otras instituciones culturales. Limitada por la Ley, la sexualidad parece mostrarse, sin embargo, con capacidad para organizarse con la más extremada diversidad de leyes. Ninguna acierta a reducirla o callarla en sus aspiraciones últimas. Desde esta estructuración del deseo por la ley que lo limita y desde su aspiración a un objeto imposible, la sexualidad, en su dimensión última, representa la insalvable oposición sujeto/objeto, deseo/realidad, apetencia/norma. Lugar, por tanto, de reivindicación de sí mismo frente a la autoridad, espacio en el se pretende la liberación de la inevitable cosificación de la existencia en la interpersonalidad que nos objetiva con una edad, una posición, un papel social, etc.; lugar también para todo tipo de satisfacción imaginaria frente a la inevitable limitación que impone lo real. La sexualidad, por todo ello, se opone en su esencia a toda teorización que pretenda convertirla en un objeto explicado, manejado, inventariado. Cada porción de sexualidad conocida, es una porción de sexualidad en cierta medida deformada. Y justamente, la defensa más moderna frente a ese carácter irreductible de la sexualidad radica, como denunció M. de Foucault, en el intento de convertirla en una disciplina científica, en un saber junto a los demás saberes objetivados. La *scientia sexualis* pretendiendo desplazar a la *ars erótica* [24].

De otro modo lo ha expresado bellamente P. Ricoeur cuando afirma que la sexualidad quizás sea impermeable a la reflexión e inaccesible al dominio humano. Por ser Eros y no Logos, sus restitución integral en el Logos está radicalmente imposibilitada, haciéndose irreductible frente a la trilogía que hace el hombre de lenguaje-herramienta-institución. Pertenece a una existencia prelin-güística, que moviliza el lenguaje, pero, al mismo tiempo *lo atraviesa, lo atropello, lo sublima, lo embrutece, lo pulveriza en murmullo, en invocación;* y, en definitiva, lo desmediatiza. Igualmente se hace extraña a la relación de

intención, de herramienta y de cosa y se ofende cuando se pretende reducirla a la dimensión de contrato [25].

LA SEXUALIDAD COMO CIENCIA IMPOSIBLE

El carácter esencialmente inconsciente del deseo pulsional le sustrae, inevitablemente, del campo científico, tal como éste se suele entender. Es cierto que la ciencia de la sexualidad, lo que algunos dan en llamar sexología [26] tiende y tendrá siempre que jugar, por supuesto, un papel importante en orden al conocimiento de la sexualidad. Nada de lo anteriormente expuesto pretende descalificar o ignorar el papel que diversas disciplinas científicas han jugado en su esclarecimiento. Tan sólo tendremos que tener en cuenta que lo que esa "sexología" nos puede ofrecer será tan sólo relativo a un aspecto, y no el más profundo y significativo, de nuestro mundo afectivo-sexual.

Pero es cierto que la biología que sustenta el comportamiento sexual tendrá todavía cosas muy importante que revelar sobre los mecanismos neurológicos y químicos que entran en juego en el desencadenamiento y desarrollo de sus procesos. La psicología conductual y cognitiva seguirá aportando datos de interés sobre el papel que el aprendizaje juega en orden al establecimiento de determinadas pautas de conducta. La psicología social y la sociología alumbrarán aspectos importantes sobre los condicionamientos socioculturales en este campo. La antropología cultural podrá seguir aportando información sobre la enorme diversidad de conductas en las que la actividad sexual ha ido organizándose en los diversos contextos de las culturas. Todo debe constituir un material de primer orden en el esclarecimiento de esta dimensión de la vida.

Desde las obras pioneras y ya clásicas de Kraft Ebing [27] o Havelock Ellis [28] a las investigaciones de Oids sobre los centros cerebrales del placer [29], los estudios hormonales de J. Money [30], las investigaciones sociológicas como las de A. Kinsey y S. Hite [31] o las investigaciones comportamentales de W. H. Masters & V.E. Johnson y H. S. Kaplan [32], disponemos de una serie de datos sobre la sexualidad que permiten una comprensión y una capacidad de intervención sobre este área de la conducta que era impensable hace tan sólo cincuenta años. El psicoanalista, por ello, no deberá nunca mostrar su menosprecio o malintencionada ignorancia sobre todas estas aportaciones de conjunto.

Sería, sin embargo, equivocarse seriamente la cuestión si llegásemos a creer que todo ese acervo de datos y de información sobre los mecanismos de la actividad sexual deben hacernos olvidar lo que el psicoanálisis ha puesto de manifiesto: que, en última instancia, la sexualidad, más allá de lo biológico y lo socio-cultural, ahonda sus raíces en un espacio imposible para la teoría y para la razón científico-técnica.

Por ello, el campo de lo simbólico, en el que el pensamiento mítico se expresa, tendrá que constituirse como un espacio privilegiado de interpretación y comprensión (ya que no explicación), de lo que la sexualidad es y significa en nosotros. Comprensión simbólica, exégesis, hermenéutica en la que necesariamente estaremos implicados, no por limitación, sino por esencia.

Si no podemos ni debemos renunciar a todo tipo de investigación sobre los diversos aspectos que conciernen a la conducta sexual, tendremos que reconocer que todo observador se encuentra en tela de juicio mientras realiza su propia labor. Porque el observador es siempre también un sujeto sexuado e implicado subjetivamente en el problema, por más que quiera procurarse a toda costa un conocimiento neutral y objetivo. Todo tipo de información o enseñanza a este respecto debería también, por tanto, ser consciente de este hecho, renunciando a la pretensión de ofrecer un saber al cien por cien objetivo y neutral. Sin duda resulta significativo a este respecto el hecho de que fueran precisamente los psicoanalistas, los que en los años setenta, ofrecieran más dificultades a los modos de introducir la sexualidad como materia de enseñanza en los colegios y liceos franceses. Los revolucionarios psicoanalistas y los representantes de la sociedad bienpensantes vinieron así a encontrarse en el mismo bando de la oposición, si bien por motivos a todas luces diferentes.

No se enseña sexualidad como se enseña matemáticas o geografía. Sencillamente porque, al convertir la sexualidad en una teoría junto a otros sistemas teóricos de la enseñanza, se está desvirtuando algo esencial de ella misma. La necesaria implicación del enseñante y de su sistema educativo en el tema, la convierten necesariamente, y de modo singular, en algo diverso de lo que pueda ser la enseñanza de la matemática o de la geografía. La presentación de la *f* sexualidad como un sistema de carácter esencialmente biológico o social, pero mutilada de sus raíces afectivas profundas, tal como ciertos sectores progresistas han propugnado en los medios educativos, pone de manifiesto un carácter de síntoma y, lo que es más paradójico, revela una actitud defensiva frente a lo que la sexualidad es y significa en sus implicaciones más profundas.

LA MÍTICA DE LA SEXUALIDAD CONTEMPORÁNEA

Habrà que dirigir la mirada hacia ese "pensamiento salvaje" que convive en nuestra cultura, pese al intento de exorcizarlo y sacrificarlo en aras de la pretendida explicación científica. Los mitos, entendidos como relatos simbólicos que desvelan componentes enigmáticos de lo humano, sabrán expresarnos, implicándonos necesariamente en ellos, vertientes esenciales de nuestro mundo psicosexual.

No entra en los límites del presente estudio una indagación de la variedad de mitos que en torno a la sexualidad se generan en el pensamiento contemporáneo occidental. Bastará tan sólo realizar unas indicaciones para recordar algunos lugares en los que esa mitología florece desempeñando funciones muy diversas y revelando fantasías imposibles. Mitos, por ejemplo, contruidos alrededor del sueño de la liberación sexual, que manifiestan un deseo de deshacer ataduras impuestas por intereses socio-políticos, al mismo tiempo que sirve para aliviar la angustia que la misma sexualidad genera. Mitología más reciente de la castidad (¡hasta en "clubs" quiere organizarse, ignorando la inevitable referencia singular del deseo!). Encontramos, desde luego, el eterno mito de la bisexualidad, como una constante en el sueño de totalidad que preside al deseo infantil. Mito cercano también de lo unisex, como abolición de la diferencia que nos constituye. La diferencia de sexos, en efecto, espacio en el que se nos revela la carencia de ser que marca

a la sexualidad, ha encontrado siempre en la figura del hermafrodita el símbolo de una plenitud irrealizable. No faltan tampoco, a pesar de los evidentes avances de la liberación de la mujer (inevitablemente ribeteada también con un necesario halo mítico) los mitos de lo "eterno femenino". Se sigue mostrando con él un fantasma de mujer idealizada e imposible, una especie de madre buena imaginaria que, para que permanezca siendo tal, debe ser preservada de todo contacto con la contingencia y limitación de lo real. Sólo así podrá encontrarla el varón al servicio de su sueño ¿No es lo que encontramos con frecuencia en el tratamiento de lo femenino que se efectúa en determinados documentos eclesiales? [33].

La sexualidad, que siempre caminó acompañada de fantasmas y amenazas de castración, deja ver también su mítica en pensamientos salvajes de transgresión y castigo. Todos sabemos como EL SIDA ha cumplido en determinados sectores la función mítica de ser considerado como un azote de Dios que pone freno al descontrol y la perversión reinante en nuestros días. Más aún cuando se creyó desgracia exclusiva de los homosexuales. La familia, espacio nuclear en el que la sexualidad se configura, necesita como otras pocas instituciones el refrendo de lo mítico. Mitos de la familia unida y feliz que renace periódicamente en las fechas de la Navidad o que nos cuenta sus relatos enternecedores en el cine o en la propaganda. Mitos reveladores también que sueñan con la desaparición de la institución familiar y que tan intensamente funcionaron en la década de los sesenta con la filosofía con-tracultural de las comunas.

Mito también de una educación sexual no represiva que anida con frecuencia la fantasía perversa de una sexualidad "natural" que desconoce la ley. O, por el contrario/ mitos de la necesaria acomodación ética a las leyes de la naturaleza, como si de la naturaleza no fuera también el comportamiento de la mantis religiosa que devora a su macho mientras copula o de la tórtola que se enamora de su propia imagen ante el espejo que la muestra. Y mito/ por supuesto, de una sexualidad comprendida, explicada, catalogada e inventariada científicamente que hace acto de presentación en programas de televisión. o en suplementos periodísticos dominicales, para convertir el deseo en técnica controlable. Mitos todos ellos con sus símbolos de todo tipo y condición. Madonna o W. Reich, pueden funcionar a dúo para la provocación y la liberación sexual. Prince o el grupo inglés Suede pueden ejemplificar a nuestros hermafroditas tecnificados. Sharon Stone y la imagen cristiana de María pueden complementar mitos femeninos, tan arraigados en la fantasía masculina, como los de la ramera y la madre virgen. Hace algunos años también, la Doctora Ochoa nos sirvió espléndidamente para representar, por medio de su programa televisivo, el mito de la "sexualidad sin mitos" que parecía, por fin, posible gracias al conocimiento de la ciencia psicológica.

Mitos los nuestros a los que nos les faltan tampoco sus trama, argumentos y dramaturgias. Las masas pueden encontrar fácil acceso a ellos a través de las grandes leyendas cinematográficas como las de *El último tango en París*, *Siete semanas y media* o *Atracción fatal* o, en versiones infantiles, pero no menos importantes, con *Snperman*, *Bella y la bestia* o *La sirenita*, donde laten los grandes avatares del desarrollo psicosexual humano. Y relatos míticos literarios al gusto de siempre, como los de la *Lolita* de Nabokov o la *Instine* de Sade.

En definitiva, mitos, símbolos y leyendas que expresan las diversas necesidades de los diferentes grupos sociales para organizar, controlar, educar o entender un ámbito de la existencia que, en su globalidad al menos, parece escapar a toda técnica, explicación y control. Mitos y leyendas, por tanto, en los que podemos encontrar el alma de la sexualidad, cuyo cuerpo nos pretende explicar la ciencia. A reflexionar sobre ese alma de la sexualidad que llamamos deseo le vamos a dedicar el capítulo siguiente.

NOTAS:

1. S. FREUD, *Los caminos de la terapia analítica*, 1919, O.C., III, 2460-2461. Cf también la carta a J. Putnam del 8 de julio de 1915. *Correspondencia 1873-1939*, Biblioteca Nueva, Madrid 1962, 320-322; S. FREUD, - O. PFISTER, *Correspondencia 1909-1939*, Fondo de Cultura Económica, México 1966, 88.
2. S. FREUD, *El problema de la Concepción del Universo*, 1932, O.C., III, 3205-3206.
3. S. FREUD, *Psicoanálisis y teoría de la libido*, 1923, O.C., III, 2673.
4. S. FREUD, *El porvenir de una ilusión*, 1927, O.C., III, 2980-2981.
5. *El problema de la concepción del universo*, 1932, O.C., III, 3199.
6. O.C., III, 2537. El entrecomillado es nuestro. Ya en páginas anteriores (O.C.III, 2525) había afirmado: Si lo que de ello resulte parece demasiado "ingenioso" o muestra apariencia de místico, sabemos aue no se nos podrá reprochar el haber tendido a ello. Buscamos modestos resultados de la investigación o de la reflexión en ella fundada, y nuestro deseo sería aue no presentaran dichos resultados otro carácter que el de una certeza total. Cf. a todo este propósito las reflexiones de P. L., ASSOUN, Freud. La filosofía y los filósofos. Paidós, Barcelona 1982,150-170.
7. Ya en los Tres ensayos para una teoría sexual, 1905, recuerda el mito platónico: O.C., I,1172.
8. Cf. La angustia y la vida instintiva, en Nuevas Lecciones introductorias al psicoanálisis, 1932, O.C., III, 3154; Cf. también £; malestar en la cultura, 1930, O.C., III, 3067; La angustia y la vida instintiva, 1993, O.C., III, 3154; £; porqué de la guerra, 1932. O.C., III, 3213; Aná/isis terminable e interminable, 1937, O.C., III, 3359. 195-6.
9. Análisis profano, 1926, O.C., III, 2927. Sobre las amplias las relaciones que Freud estableció entre la sexualidad y mito Cf. nuestra obra El psicoanálisis freudiano de la religión, Paulinas, Madrid 1991. La obra de Jung, desde una metodología diferente y con una diversa concepción de lo sexual, se encuentra también repleta de consideraciones sobre mito y sexualidad. Cf. v.gr., C. G. JUNG, Símbolos de transformación, Paidós, Barcelona 1982.
10. En este sentido resulta, por ejemplo, revelador que en la obra que fue el manual de psicología skinneriana impuesto en las Universidades americanas y en la mayoría de las españolas (F. S. KELLER - W. N. SCHOENFELD, *Fundamentos de psicología*, Fontanella, Barcelona 1975, 266-268) apenas sean dos páginas las dedicadas a la sexualidad humana y que, en ellas, la mayor parte sean dedicadas a aportar datos sobre el comportamiento sexual de las ratas. Todo ello, tras lamentar lo difícil que resulta el estudio "científico" de la sexualidad en sujetos humanos. La obra de B. F. SKINNER, *Ciencia y conducta humana*, (Fontanella, Barcelona 1981), tras discutir el uso de conceptos como necesidad o impulso aplicados a la

- sexualidad, no dedica ningún apartado a su estudio y ni siquiera aparece algún concepto relacionado con ella en el índice de materias.
11. Sobre la modificación del concepto de sexualidad en psicoanálisis cf.: J. LAPLANCHE, *La sexualidad*, Nueva Visión, Buenos Aires 1988.
 12. *El psicoanálisis -nos dice Freud- se une a Platón y a Pablo cuando descubre la concepción amplificada del amor. Psicología de las masas y análisis del Yo*, 1921, O.C, III, 2577.
 13. *Imágenes y símbolos*, Taurus, Madrid 1974.
 14. Cf. CL. LÉVI-STRAUSS, *El pensamiento salvaje*. Fondo de Cultura Económica, México 1964, 30.
 15. Cf. J. R. ROYCE, *Estado actual de la psicología teórica*, en B. B. WOLMANN, *Manual de Psicología*, Vol. 1. *Historia, teoría y método*, Martínez Roca, Barcelona 1979,33-63; EDGAR MORIN, *El método, III: El conocimiento del conocimiento*, Libro Primero. Cátedra, Madrid 1988; *Ciencia con consciencia*, Anthro-pos, Barcelona 1984.
 16. *La alfarera celosa*, Paidós, Barcelona 1986, 21.
 17. P. GÓMEZ GARCÍA, *Religión popular y mesianismo*. Universidad de Granada 1991, 15. Cf. también del mismo autor *La antropología estructural de Claude Lévi-Strauss*, Tecnos, Barcelona 1981.
 18. Cf E. JONES, *Vida y obra de Sigmund Freud*, Paidós, Buenos Aires 1979^a, vol. 1, 234-237; P. CAY, *Freud, una vida de nuestro tiempo*, Paidós, Barcelona 1989, 89-96.
 19. La transferencia es el proceso que, particularmente, en el contexto psicoanalítico, supone una actualización inconsciente de los antiguos modos de relación habidos en la historia particular de cada uno.
 20. Cf. J. CLAVREUL, *Aspectos clínicos de las perversiones*, en *Estudios sobre la sexualidad humana*, Morata, Madrid 1967, 189-191.
 21. *El laberinto de la soledad*, Cátedra, Madrid 1998, 373.
 22. Como sabemos, Freud utilizó generalmente el concepto de "pulsión" (*Trieb*) y no el más habitual de "instinto" (*instinkt*) para referirse al campo humano de la sexualidad. La primera traducción española de sus Obras Completas, siendo excelente en otros aspectos, contó con esta deficiencia importante de traducirnos siempre el término *Trieb* por instinto.
 23. Cf. por ejemplo C. LÉVI-STRAUSS, M. E. SPIRO Y K. GOUGH, *Polémica sobre el origen y la universalidad de la familia*, Anagrama, Barcelona 1976 y G. A. MARSHALL, *Matrimonio. Análisis comparativo*, en *Enciclopedia Universal de las ciencias sociales*, Aguilar, Madrid 1974, Vol. 7,14.
 24. Cf. M. DE FOUCAULT, *Histoire de la sexualité*, Gallimard, Paris 1976-1984.
 25. P. RICOEUR, *Admiración, erotismo y enigma*, en NELSON, J. B. - LONGFELLOW, S.P, *La sexualidad y lo Sagrado*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1996,137-142.
 26. *Según S. BASTIN* (Diccionario de Psicología sexual, *Herder, Barcelona 1972*): ciencia que estudia la vida sexual normal y patológica del hombre bajo su doble aspecto biológico y psicosocial.
 27. *Psychopatilia Sexunlis*, Stuttgart 1886 (Psicopatías sexuales, El Ateneo, Buenos Aires).
 28. *Studies in the Psychology of Sex*, (Vol. 1-6), Londres 1897, *Estudios de psicología sexual*, Reus Editores, Madrid 1923.
 29. *The central basis of motivation: Annu. Rev. Psychol* 32 (1981) 523-574.
 30. T. MAZUR- J. MONEY, *Prenatal Influences and Subsequent Sexuality*, en B. B. WOLMANN/J. MONEY, *Handbook of Human Sexuality*, Prentice Hall, New Jersey 1980.
 31. A. KINSEY/ W. B.POMEROY/C. E. MARTÍN, *Sexual Behavior in the Human Male*, Saunders, Filadelfia 1948, A. KINSEY/ W. B.POMEROY/C. E. MARTÍN, *Sexual Behavior in the Human Female*, Saunders, Filadelfia 1953; SH. HITE, *Estudio de la sexualidad femenina*. Plaza & Janes, Barcelona 1977; *Informe Hite sobre sexualidad masculina*, Plaza & Janes, Barcelona 1992.

32. W. H. MASTERS & V.E. JOHNSON, *Human Sexual Response*, Little Brown, Boston 1966; H. S. KAPLAN, *La nueva terapia sexual (1 y 2)*, Alianza, Madrid 1982.
33. Sobre este tema vine en el estudio *Celibato, género y poder*, en: C. BERNABÉ (dir.). *Cambio de paradigma, género y eclesiología*, Ed. Verbo Divino, Estella, 1998,109-130.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.W, *Estudios sobre la sexualidad humana*, Morata, Madrid 1967. ANZIEU, D., *Frena et la mythologie: Nouvelle Revue de Psychanalyse I* (1970) 114-145.
- BETTELHEIM, B., *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Grijalbo, Barcelona 1977. DE FOUCAULT, M., *Histoire de la sexualité*, Gallimard, París 1976-1984. DEVEREUX, G./ *Etnopsicoanálisis complementarista*, Amorrortu, Buenos Aires 1975. *Mujer y mito*, F.C.E., México 1982. FREUD, S., *Tres ensayos para una teoría sexual*, 1905. *Más allá del principio del placer*, 1920, GREEN, A. *Apertura para una discusión sobre la sexualidad en psicoanálisis: 40th. International Congress Barcelona* The Psychoanalytical Association.
- GUTIERREZ-SÁNCHEZ, G., *Estudio Psicoanalítico de cuentos infantiles*, Universidad Complutense, Madrid 1993.
- JACQUART, D. - THOMASSET, C., *Sexualidad y saber médico en la Edad Media*, Labor, Barcelona 1989.
- LAPLANCHE, J., *La sexualidad*, Nueva Visión, Buenos Aires 1988.
- LÉVI-STRAUSS, Cl., *El pensamiento salvaje*, Fondo de Cultura Económica, México 1964
- MALINOWSKI, B., *Sexo y represión en la sociedad primitiva*, Nueva Visión, Buenos Aires 1974.
- RICOEUR, R., *Admiración, erotismo y enigma*, en NELSON, J. B. - LONGFELLOW, S.P., *La sexualidad y lo Sagrado*, Desclée de Brouwer, Bilbao 1996,137-142.
- WOLMANN, B.B. - J. MONEY, *Handbook of Human Sexuality*, Prentice Hall, New Jersey 1980. M. MEAD, *Sexo y temperamento*, Paidós, Buenos Aires 1972.